

January 1978

Tiempos Litúrgicos y Catequesis

Andrés Rosero Bolaños

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rosero Bolaños, A. (1978). Tiempos Litúrgicos y Catequesis. Revista de la Universidad de La Salle, (4), 47-60.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Tiempos Litúrgicos y Catequesis

Por Andrés Rosero Bolaños, f. s. c.

MOTIVACION

Desde hace algún tiempo para acá me viene preocupando este tema: "Tiempos litúrgicos y Catequesis". Creo que esto es de vital importancia para una vida cristiana vivencial y auténtica.

No he visto aún, o por lo menos no conozco, un método de catequesis basado en el ciclo litúrgico que creo sería el más razonable, ya que se va viviendo a medida que el año pasa.

Pero sucede, muchas veces, que cuando se está celebrando un tiempo litúrgico con todo el afán y solemnidad que le da la Iglesia tanto universal como local, los temas de la catequesis están distanciados de esta solemnidad cuando no están haciendo énfasis en otros hasta contrapuestos.

Habría que pensar en un catecismo cíclico que podría abarcar, a grandes rasgos, estos puntos:

1. Que sepan distinguir estos tiempos litúrgicos.
2. En qué consiste cada uno de ellos o qué celebra.

3. Cómo se deben vivir.

4. Qué espíritu tiene cada uno de ellos y a qué nos invitan.

5. Explicación cíclica de la terminología de cada uno de estos tiempos, de sus símbolos respectivos, actos de culto y vivencia cristiana correspondiente.

Es cierto que cada vez que se aproximan o llegan, siquiera se hace una ligera reflexión sobre el tiempo litúrgico que está pasando; pero, luego, se sigue con los programas, como si la Iglesia no nos hubiera puesto temas tan bien repartidos y tan bien ubicados que con ellos podemos ir viviendo e ilustrándonos debidamente en el misterio de Cristo.

Este es, precisamente, el motivo del presente artículo: mover a los catequistas a que reflexionemos sobre nuestra misión basada en los tiempos litúrgicos; ver la manera de tratar que en los programas y textos se siga esta sabia metodología eclesial y dar luces para el estudio, explicación y comprensión de cada uno de estos tiempos.

Es cierto que en la liturgia se los tiene muy en cuenta, ¿pero no sería posible tomarlos también en la catequesis, en sus programas y en sus textos? ¿O siquiera darles más importancia en diferentes textos que en lo sucesivo se escriban?

Creo, además, que si la catequesis escolar debe estar en esta línea, diría

yo, con mayor razón lo debe estar la catequesis parroquial, la catequesis familiar, los centros de oración y, en general, toda catequesis extraescolar.

Inquietar en este sentido a los catequistas es uno de los fines de este conjunto de temas que he venido usando para los centros catequísticos que actualmente oriento. Mi propósito es ir mentalizando en este sentido y al dialogar con los interesados han expresado que los ensayos que estamos realizando están resultando provechosos.

CATEQUESIS Y AÑO LITURGICO

Sabemos que hay un año civil que comienza el primero de enero, pero también debemos tener en cuenta que desde el punto de vista religioso hay un año eclesiástico que comienza para los cristianos el primer domingo de adviento.

El año civil tiene 365 días repartidos en 52 semanas. El año eclesiástico o litúrgico comienza el primer domingo de adviento, cuatro semanas antes de navidad, y termina con la semana que sigue al último domingo de Pentecostés.

Este año eclesiástico comprende:

1. Adviento o sea tiempo de esperanza, de preparación para la Navidad.

2. Navidad o nacimiento de Jesús.

3. Cuaresma o tiempo de penitencia o preparación a la Pascua.

4. Pascua o celebración de la Muerte y Resurrección de Cristo.

5. Pentecostés o venida del Espíritu Santo.

La razón de este año eclesiástico es: siendo Cristo el centro del culto católico, la Iglesia ha querido recordar durante el año, en el mismo orden en que sucedieron, los misterios que guardan relación con el Salvador.

Comienza, pues, el año eclesiástico con la preparación a la Venida de Cristo, cuatro semanas antes del 25 de diciembre, para recordar los años que precedieron a la venida del Salvador. Y se cierra después del último domingo de Pentecostés, con el Evangelio que anuncia su segunda venida, en el juicio final, para juzgar a vivos y a muertos.

La Catequesis debe hacer énfasis en los diversos aspectos de este año eclesiástico, pero no sólo para que lo sepan los alumnos, sino para que lo vivan en el espíritu que la Iglesia quiere que se infunda en cada etapa.

Nuestros alumnos ahora, y más tarde, van a estar oyendo constantemente los nombres de Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés. . . Por consiguiente, debemos enseñarles sus diversos significados y ejercitarlos en su vivencia, con el fin

de que puedan celebrar más conscientemente, los principales misterios de Cristo, centro de nuestra catequesis.

No cabe duda que había que pensar en una Catequesis más centrada en el año litúrgico; pues esto es lo que nuestros alumnos van a estar viviendo en sus parroquias. La comprensión del año litúrgico sería una de las maneras de integrar, en alguna forma más práctica, la catequesis a la Parroquia; y la manera de preparar a nuestros alumnos para que no estén ajenos a las festividades religiosas que se van celebrando en el transcurso del año.

La Iglesia en su incomparable pedagogía catequística nos lleva, todo el año, con una sabiduría práctica, por los misterios más importantes de nuestra Religión. Es fundamental que nuestros alumnos sepan y comprendan el año litúrgico y que los catequistas lo sigan con denuedo ya que será una de las catequesis más vivenciales que podrían dar. Además, sería una de las catequesis que mejor encuadraría con una pastoral de conjunto; pues lo que estamos siguiendo tanto en la catequesis escolarizada como desescolarizada, se seguiría viviendo en la Iglesia local.

TIEMPO DE ADVIENTO Y NAVIDAD

Siendo Jesucristo el centro del culto cristiano, la Iglesia ha querido que el año litúrgico recordase, en el

mismo orden en que sucedieron, los misterios relacionados con él.

La Iglesia es y sigue siendo insigne maestra; su pedagogía no ha caducado; pero nosotros, los encargados de hacerla vivencial, hemos hecho poco caso de su organización y planificación; no nos servimos de ellas para ayudar a nuestros alumnos a vivirlas plenamente.

Dar a conocer bien las palabras: Adviento, Navidad, Epifanía. Pues durante varios meses van a estar oyéndolas y es preciso que sepan su significado, su espíritu y las disposiciones con que deben entenderlas y, sobre todo, vivirlas.

En la catequesis, creo que sean los más olvidados, los tiempos de *Adviento* (advenimiento, venida) y *Navidad* (nacimiento); pues en estos momentos casi todo el mundo está en vacaciones y, tal vez, no se ha adelantado ninguna explicación al respecto.

Adviento—Es un tiempo de más o menos cuatro semanas, antes del 24 de diciembre, dedicado a la preparación de la venida de Cristo. Ese tiempo representa los muchos años transcurridos en la espera de la venida del Mesías. Es todo un espíritu de esperanza y de vivos deseos por la llegada del Señor entre nosotros.

En este tiempo de Adviento, nos ayudan en la reflexión para la esperanza, las lecturas del Profeta Isaías en el A. T. y los Evangelios que ha-

cen referencia a Juan Bautista, el Precursor, en el N. T.

Isaías hace ver que la garantía de Dios Padre para con su Pueblo es el propio Mesías; y así en sus profesías es más claro que todos los otros Profetas tanto que, San Jerónimo, lo llama el Evangelista del Antiguo Testamento. Se puede buscar en el calendario bíblico y seguir día a día estas lecturas que nos irán preparando con la fe y la esperanza a esta venida del Señor entre nosotros, ya que las palabras del Profeta Isaías son de este estilo: “A los que esperan en el Señor, El les renovará el vigor, subirán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse, y andarán sin cansarse (40, 31)”.

El otro personaje tan mencionado en este tiempo es Juan, hijo de Zacarías (Lc. 3, 1); el cual va predicando por el río Jordán y recordando el pasaje de Isaías para que todos se preparen a la venida del Señor: “Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas”.

Juan es el Precursor del Mesías y clamaba a todos así: “Dad, pues, frutos de conversión... Todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado al fuego (Lc. 3, 7)”.

Y cuando todos acongojados preguntaban a Juan ¿Qué debemos hacer? . . . Sus respuestas eran radicales: “Que el que tenga dos túnicas las reparta con el que no tiene. El que tenga para comer que haga lo mis-

mo. No exijáis más de lo que está fijado. No hagáis extorsiones a nadie, no hagáis denuncias falsas (Lc, 3, 10-15)". En esta forma y en otras muchas anunciaba Juan la venida de Jesús y exhortaba a la conversión.

San Juan Bautista de La Salle, en la Meditación del segundo domingo de Adviento, nos dice a los Hermanos y en ellos a todos los catequistas: "Vosotros sois también como Juan, enviados por Dios para prepararle el camino y los medios de venir, tanto a vuestros corazones como al de vuestros discípulos".

Juan Bautista, el Precursor, tiene el privilegio de ser de los pocos Santos cuya navidad se celebra, y de quien el mismo Jesús hiciera el elogio: "En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan Bautista". (Mt. 11, 11).

En los pasajes arriba citados se nos da el modo de prepararnos a la Navidad. No se trata de preparar solamente pesebres que en realidad ni parecido tienen con el que usó Jesús. Mas bien, hagamos reflexionar más en la radicalidad que nos propone Juan para disponernos a esta venida.

Con esta preparación de fe y esperanza llegaremos a la Navidad que es fiesta de salvación, de perdón, de misericordia; es la teofanía (manifestación de Dios); Dios que pone su "tienda" entre nosotros para "restaurar todas las cosas".

A MANERA DE REFLEXION

—Destacar la manera pobre y humilde como Dios se manifiesta. Dios se esconde casi siempre en esas formas.

—Hacer ver la manera como Dios habla a los pastores y la respuesta efectiva de estos al reconocerle y adorarlo bajo esas apariencias.

—Comentamos las actitudes de María y José.

Hagamos notar lo inadecuado de los lujosos pesebres; vayamos al espíritu con el cual San Francisco de Asis inició esta costumbre de los pesebres. El quiso revivir la escena navideña para honrar a Jesús y de allí se extendió esta práctica por todo el mundo.

—No se trata de hacer sólo pesebres externos; que ellos sean símbolo del verdadero nacimiento de Jesús en el corazón de cada uno.

ACTIVIDADES

A Cuestionarios

—¿Cuál es el significado del pesebre familiar?

—¿Cuál será la mejor manera de hacerlo?

—¿Qué le van a ofrecer a Jesús y qué le van a preparar?

—¿Qué opinan de tanto comercio navideño?

B Enseñarles villancicos oportunos, cristianos, de significación.

C Reflexión y catequesis sobre esos villancicos.

D Hacer ver que el árbol de Navidad, el papá Noel, etc., no pertenecen a ningún dato evangélico sino a cierta atemporalidad y paganización de la "encarnación" propiamente tal.

TERMINOLOGIA

Adviento—Que se prepara la "venida" oculta del Señor. Preparación al "advenimiento" de Cristo a su "Llegada".

Navidad—Día del nacimiento de Jesús, cumpleaños, natalicio, aniversario del nacimiento, "manifestación" de la gloria del gran Dios Salvador. (Tito 2, 13).

Hacer ver que lo sustancial es la celebración de que Jesús, enviado por el Padre, viene a salvarnos y pone su tienda entre nosotros. (Jn. 1, 14). La fecha sólo se fijó hacia mediados del siglo IV.

Epifanía—Manifestación, hacerse ver, brillar, aparecer. Insistir en el mensaje de adoración de Mt. 2, 1-12 y en Mat. 1, 18-25.

MIERCOLES DE CENIZA

Al recorrer la Sagrada Escritura podemos ver cómo la ceniza ha sido

símbolo de penitencia, de humildad, de conversión, de poquedad.

Cuando Job contesta a sus amigos que le incitaban a que maldijese a Dios por haberle castigado, dice: "Vuestros argumentos son pruebas de ceniza, réplicas de barro vuestras réplicas" (Job 13,12).

Cuando Abraham intercede ante el Señor para que perdone a Sodoma y a Gomorra, expresa: "Soy en verdad muy atrevido insistiendo ante mi Señor, yo, que soy polvo y ceniza". (Gn. 13, 27).

En el eclesiástico se hace una antítesis fuerte entre el poderoso y el humilde y el desvalido para ponerlos en un mismo nivel cuando llega la muerte; todos iguales: "Desde el que se sienta en trono de gloria, hasta el humillado en el polvo y en la ceniza" (Eclo. 40, 3).

El Profeta Isaías cuando hace el anuncio del fin del destierro, en el capítulo 61, 3, usa también esta contraposición: El Señor me ha enviado "a dar a todos los afligidos de Sión una diadema en lugar de ceniza, el óleo de la alegría en lugar de vestido de luto, alabanzas en lugar de espíritu caído".

Cuando Jonás fue enviado por segunda vez a la ciudad de Nínive a decirles que dentro de cuarenta días sería destruída "los ninivitas creyeron en Dios: ordenaron un ayuno y se vistieron de sayal desde el mayor

al menor. La palabra llegó hasta el Rey de Nínive, que se levantó de su trono, se quitó su manto, se cubrió de sayal y se sentó en la ceniza". (Jonás 3, 5).

Ezequiel en su segunda lamentación por la caída de la ciudad de Tiro, en descripción simbólica admirable de un naufragio, al echar pie a tierra todos, dice "lanzarán su clamor por ti, gritarán amargamente, se echarán polvo en la cabeza, se revolcarán en la ceniza" (Ez. 27, 30).

Siempre la Iglesia ha tenido presente el simbolismo bíblico de la ceniza. Allí se nos hace ver cómo los sentimientos de humildad, de conversión, de cambio de vida pecadora en vida de justicia, están expresados por el simbolismo de la ceniza.

La Iglesia consciente de este elocuente simbolismo siguió usándolo; y así los grandes crímenes públicos debían repararse vistiendo sayal y cubriéndose de ceniza como un reconocimiento de su falta y real arrepentimiento y conversión.

Este es el significado que la ceremonia del miércoles de ceniza nos trae. Significado que refuerza con la fórmula de la imposición de la ceniza: "Conviértete y cree en el Evangelio" (Mc. 1, 15).

La ceniza es, pues, emblema de la nada del hombre, de penitencia, de conversión. En la Sagrada Escritura podemos leer con frecuencia: "Hacer penitencia cubierto de ceniza".

No podemos sino recalcar, con énfasis, el sentido de conversión que manifiesta toda la liturgia de este día con el cual entramos en el tiempo de cuaresma.

La ceniza que se emplea en este día proviene de la combustión de las palmas bendecidas el domingo de Ramos del año anterior.

Que la imposición de la ceniza no se convierta en mero gesto rutinario. Mediante una catequesis adecuada, debemos tener más en cuenta la comprensión del simbolismo y la vivencia de conversión, que esa sola costumbre de recibir la ceniza. Debemos hacer que nuestros alumnos entiendan que se trata más de "andar por el camino del Señor" según Juan 1, 23, que de ostentar una cruz trazada con ceniza sobre la frente. Esa cruz será testimonio de nuestra fe si realmente es señal de cambio interior que nos proponemos.

Sería una buena colaboración de los catequistas en las Parroquias, no tanto "imponer la ceniza", como el hacer a medida que se vaya imponiendo la ceniza, una catequesis sobre el significado de conversión, de cambio de vida a que nos llama la Iglesia con esta ceremonia.

Mientras los fieles se acercan a recibir la ceniza alguien debe estar anunciando, catequizando sobre su significado, para que esta ceremonia no sea solamente una rutina que muy poco deja, sino que tenga el ver-

dadero sentido de penitencia, conversión, inicio de la Cuaresma o sea de la preparación a la Pascua.

CUARESMA

Es el tiempo comprendido entre el miércoles de ceniza y la fiesta de la Pascua. Se trata de cuarenta días y de allí el nombre de cuaresma o cuarentena. Desde el siglo XI la Cuaresma comienza el miércoles de ceniza.

La Cuaresma tiene por objeto honrar los cuarenta días de ayuno de Jesús en el desierto y prepararnos para la celebración del misterio central de nuestra religión, la Pascual, o sea la muerte y resurrección del Señor.

Los días más importantes de la Cuaresma son:

Miércoles de Ceniza, Domingo de Pasión, Domingo de Ramos, Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo.

La Cuaresma tiene un sentido bautismal, un sentido penitencial y un sentido pascual ya que se trata de la preparación a la Pascua.

Sentido bautismal por la serie de temas que se tratan a este respecto: el tema del agua (domingo tercero, la Samaritana, Jn. 9, 1-41), el tema de luz (domingo cuarto, el ciego de nacimiento Jn. 9-1-41); el tema de la vida (domingo quinto, Resurrección de Lázaro, Jn. 11-1, 45). Estas lecturas deben llevarnos a recalcar sobre el tema tan olvidado del

bautismo y actualizarlo volviéndonos más conscientes de él. Esta mentalidad bautismal ha quedado debido a la gran importancia dada al catecumenado como preparación al bautismo de adultos que se hacía en la vigilia del Sábado Santo.

La Cuaresma tiene un sentido penitencial y aunque sea del que más se habla, tal vez, se hace de manera muy teórica y fuera del contexto en que se vive. El miércoles de ceniza inicia, sobre todo, el tema de la conversión con la imposición de la ceniza. La misma fórmula que se dice al imponer la ceniza nos recalca fuertemente este sentido de cambio (conversión, metanoia); es el espíritu de toda la liturgia de este tiempo.

La Cuaresma tiene sentido Pascual ya que toda se encamina a preparar ese acontecimiento de "muerte y vida". Se hace énfasis, sobre todo, en el segundo domingo (transfiguración, Mat. 17, 1-9) y en el quinto domingo (la Resurrección de Lázaro, Jn. 11, 1-45). Y culmina todo en la Vigilia del Sábado Santo, en donde la ceremonia del cirio Pascual, el paso de la tiniebla a la luz con el incomparable pregón Pascual, la bendición del agua, de los óleos, de la pila bautismal, renovación de las promesas del bautismo... parece que resumiera todos los frutos de ese espíritu de penitencia y conversión que se ha profundizado en la Cuaresma.

Sería muy del caso en este tiempo el ejercicio de "celebración penitencial" a nivel de grupo de clases, de

división, de colegio. Este sería una manera de catequesis, sobre la conversión, muy propio para esta época de Cuaresma.

Damos a continuación algunas lecturas tanto del Antiguo Testamento (A. T.) como del Nuevo Testamento (N. T.) que podrían aprovecharse con este fin.

ANTIGUO TESTAMENTO

- Gn. 3, 1-9; 4, 1-15; 18, 17-33
- Ex. 17, 1-7; 20, 1-21
- Is. 1, 2-6; 15, 18; 5, 1-7; 53,1-12; 55 1-11.
- Ex. 18, 21-23, 30, 32; 11, 14-21
- Jr. 2, 1-13; 7, 21-26
- Os. 11, 1-11; 14, 2-10
- Mi. 7, 2-7, 18-20
- Za. 1, 1-6.

NUEVO TESTAMENTO

- Rm. 3, 22-26; 5, 6-11
- 6, 16-23; 7, 14-25
- Ga. 5, 16-24
- Ef. 2, 1-10; 5, 1-14
- 4, 17-32; 6, 10-18
- St. 1, 22-27; 2, 1-12
- 1 Pe. 1, 13-23; 1, 3-11
- 1 Jn. 2, 3-11; 4, 16-21

ALGUNAS ACTIVIDADES

a) Catequesis sobre el pecado y sus consecuencias. (Se puede servir de "Temas Bíblicos" por José Miguel Miranda. Tema Nº 10).

b) Poner en los lugares más visibles afiches, frases, carteleras que hagan reflexionar sobre el espíritu de

Hay que tener en cuenta que la celebración debe tener una ambientación, unas moniciones, unos cantos apropiados, momentos de reflexión ya participados, ya individuales.

Lecturas bíblicas que podrían emplearse para la celebración penitencial.

SALMO RESPONSORIAL

- | | |
|------|-------|
| (12) | (89) |
| (24) | (94) |
| (30) | (118) |
| (50) | (138) |
| (35) | (122) |
| (49) | (129) |
| (72) | (142) |

la Cuaresma; el cambio, la conversión.

c) Explicar bien y hacer reflexionar sobre la terminología que se emplea en este tiempo; conversión, transformación, metanoia, arrepentimiento, Redención, perdón, misericordia...

d) Lectura "solemne", tanto en los grupos de reflexión como en las clases, de cada uno de los Evangelios dominicales. Reflexión personal y en grupos.

e) Expresar en fotolenguaje el contenido del Evangelio de cada dominica.

Esto se puede hacer por grupos; cada semana un grupo.

f) Participar en sus respectivas parroquias en algunas de las pláticas cuaresmales, que generalmente se hacen, e informar sobre ellas al grupo.

LA PASCUA

La celebración y profundización de la Pascua debe ser el impacto más fuerte de los tiempos litúrgicos.

Comienza en el triduo Pascual y se prolonga a través de las siete semanas y siete domingos que la siguen; va hasta la fiesta de la Santísima Trinidad y del Corpus. Comprende, además, la fiesta de la Ascensión y el domingo de Pentecostés.

En realidad, la Vigilia Pascual, nos da una nueva dimensión cristiana; Cristo resucitado que vive en nosotros, Cristo nuestra resurrección.

"Esta es la noche en la que, por toda la tierra, los que confiesan su fe en Cristo son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pe-

cado, son restituidos a la gracia y son agregados a los santos". . . "Qué noche dichosa en que se une el Cielo con la tierra, lo humano con lo divino". (Pregón Pascual).

La narración sencilla de la resurrección de Cristo (Mt. 28, 1-10;) (Mc. 16, 1-8) (Lc. 24, 1-12) es la "buena nueva" por excelencia. En esto centraban su predicación los Apóstoles; era el "Kerigma" o anuncio, la esencia del mensaje Evangélico. Así predicó Pedro en Jerusalén (Hc. 2, 32. . .).

Esto exige Felipe al Ministro de la Reina de Etiopía para poder bautizarlo (Hc. 8, 26-40).

En la angustia que siente el hombre moderno, porque su técnica se vuelve mortífera en las guerras y en las armas nucleares, en vez de lograr superar el dolor y la muerte; ese hombre atormentado por el deseo de superar el dolor y la muerte; ese hombre atormentado por el deseo de supervivencia sin que la pueda hallar completa en los adelantos de la ciencia; ese hombre que quiere encontrar la felicidad en las más azarosas desviaciones. . . hallará en el misterio Pascual el verdadero sentido de la vida.

Por el contacto con la Palabra en las lecturas de la celebración Eucarística, ya que todas se refieren a temas Pascuales, el hombre actual, encontrará a Cristo resucitado que es luz, camino, verdad y vida.

Es el momento de celebrar la liturgia de la luz (lucernario) con lecturas apropiadas, renovación de las promesas del bautismo, canto del pregón Pascual, en clase, en la división en todo el plantel, para que quienes no hayan participado en las bellas ceremonias del triduo Pascual, tengan ocasión de saborear estos contenidos; porque así podrán comprender la presencia del cirio pascual que verán en los templos y en los bautismos durante el año y a lo largo de su vida. Y podrán, también, entender que "Jesús es la luz del mundo". Jesús les habló de nuevo, diciendo: "Yo soy la luz del mundo. El que me siga, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn. 8, 12).

Si comprendemos el Misterio Pascual, en toda su extensión de vida, muerte y resurrección del Salvador, en medio de todas las dificultades y de los arduos trabajos que sobrellevamos, iremos caminando con esperanza, con valor y seguridad; y expresando con verdad el bello canto que con frecuencia entonamos en nuestras liturgias: "Vamos cantando al Señor; El es nuestra alegría".

ACTIVIDADES

a) Explicar el simbolismo del agua, del cirio Pascual, Pascua o sea paso de la muerte a la vida.

b) Catequesis de la "Luz", "Inquietudes Catequísticas hoy" (pág. 296), Preparación del "lucernario".

c) Lectura entonada o canto solemne del "Pregón Pascual".

d) Hacer tomar conciencia de la palabra aleluia que con tanta frecuencia se canta en ese tiempo. Su significado de alegría, júbilo, gozo por la resurrección de Cristo y de la nuestra.

e) Preparar una renovación pública y solemne de las promesas del Bautismo tanto para profesores, como para padres de familia y alumnos.

f) Para este tiempo el canto que creo más apropiado sería "Acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos" (Colección Pueblo de Reyes. Pág. 27).

TIEMPO DE PENTECOSTES

Pentecostés, en su primitivo origen, era una fiesta en que se ofrecía a Dios las primicias de los frutos agrícolas y se agradecía por la fecundidad de la tierra. Como esta fiesta se celebraba cincuenta días después de la Pascua judía, se le dejó ese mismo nombre de Pentecostés (quincuagésimo) o sea cincuenta días después de la Pascua.

En el calendario católico, la Iglesia, ha centrado la vida cristiana en la Pascua de Cristo y en la venida del Espíritu Santo. Ya San Agustín lo afirmaba: "Con Pentecostés, la Pascua cristiana, ha llegado a su término, sin perder nada de su esplendor".

En esta festividad se inaugura la Nueva Alianza y nace lleno de fortaleza el "nuevo pueblo de Dios", la Iglesia.

Pentecostés o sea la venida del Espíritu Santo fue una realidad sobre los Apóstoles y sobre la primitiva Iglesia. Pero recordar esto sería incompleto, si no nos concientizamos y convencemos que para cada uno de nosotros ha sucedido y sucede continuamente este Pentecostés.

Los "Hechos" de los Apóstoles (2, 1-5) refieren del siguiente modo este acontecimiento: "Al llegar el día de Pentecostés, todos los discípulos estaban reunidos en un lugar. De repente vino del Cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse".

Es la teofanía (aparición, manifestación) de Dios Amor prometida por Cristo y expresada por símbolos: viento, fuego, don de lenguas, etc. Y es tan importante esta manifestación del Espíritu Santo en cada uno de nosotros que San Pablo nos previene y nos dice muy claramente:

"Nadie puede decir, Jesús es el Señor, sino guiado por el Espíritu Santo. Hay diferentes dones espirituales,

pero el Espíritu es el mismo; hay diversos servicios, pero el Señor es el mismo; hay diferentes obras pero el mismo Dios es quien obra en todo y en todos. A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común". (Primera Cor, 12, 3b-8).

Además, el Vaticano II en "Lumen Gentium" N° 4, expresa:

"El Espíritu Santo que habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (1 Cor. 3, 16; 6, 19), y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (Cf. Gál. 4, 6; Rom. 8, 15-16). Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece y con todos sus frutos a la Iglesia (Cfr. Ef. 4, 11-12; Gál. 5, 22), a la que guía hacia toda verdad y unifica en comunión y misterio.

Así se manifiesta toda la Iglesia como "una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

Hoy surge una renovación sobre la fe y devoción del Espíritu Santo. Y no podía ser menos ya que la promesa de Cristo es elocuente: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra".

El es el Espíritu de fortaleza; es la potencia actuante de la liberación del

hombre. El estuvo con Moisés, con los profetas, con Jesús, con los Apóstoles... y está con nosotros en la Evangelización y liberación del hombre actual.

El construye la unidad con el respeto y la aceptación del otro: El está con nosotros en la difícil obra del servicio a los demás en esta época de tanto egoísmo; El infunde sus dones a todos cuantos se los pedimos para hacer la obra de nuestra salvación; Don de Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios.

Siendo nuestro fin la santificación, el Espíritu Santo, es la fuente de Santidad. El nos llevará por el mejor camino haciendo que evitemos todo desvío, porque como dice San Pablo (Gál. 5, 22): "El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí".

Es el momento para que reavivemos la devoción al Espíritu Santo.

Sabemos que la Confirmación está íntimamente relacionada con el Bautismo y la Eucaristía. Esta es una relación tal que estos tres sacramentos han llegado a constituir lo que podíamos llamar "El gran sacramento de la iniciación cristiana".

Son, pues, tres pasos que damos hacia una misma realidad: el encuentro con Cristo, en su Iglesia. Con el Bautismo nos integramos a la fa-

milia de Dios; con la Confirmación nos incorporamos de modo más estrecho a Cristo y a la Iglesia; y la Eucaristía nos alimenta, fortalece y sostiene en nuestros compromisos cristianos.

El Espíritu Santo es el que ilumina y fortalece en los cambios de las personas y las sociedades, por eso nuestra plegaria frecuente en estos días debe ser: "Señor, envía tu Espíritu que renueve la faz de la tierra". Además, debemos invocarle directamente con la "Secuencia" del día de Pentecostés en la cual le decimos; huésped divino, descanso, luz de Dios, riego, guía, gozo...

"Ven Espíritu Divino, manda tu luz desde el Cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndidos; luz que penetra las almas; fuente de mayor consuelo".

En esta época de tantas dificultades necesitamos, más que nunca, la asistencia del Espíritu Santo, y este tiempo de Pentecostés es muy oportuno para renovarnos en esta devoción, teniendo presente el pensamiento de San Pablo (Rom. 5, 5): "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros".

Sea el momento para concientizarnos nosotros mismos y concientizar a nuestros alumnos sobre el sacramento de la Confirmación, los himnos de Pentecostés, preparar algunas celebraciones de la palabra sobre el te-

ma del Espíritu Santo, o algunas catequesis. . .

Los folletos que enumeramos a continuación, podrían servirnos para todo esto ya que tienen buen acopio de reflexiones y lecturas bíblicas sobre estos temas.

La Confirmación. Sacramento del Espíritu - Antonio Carlos Hualde.

La Confirmación. Tema para adultos sobre la Confirmación y el compromiso cristiano - Cuadernos de actualidad - Ediciones Búsqueda N° 6.

Catecumenado para la Confirmación. Secretariado diocesano de Pastoral (Brasil).

"Pastoral de la confirmación" Editorial Luis Vives Zaragoza. Este

tiene también un libro para el confirmado que podría ayudar mucho para una preparación más activa y profunda.

Lecturas para reflexionar. Venida del Espíritu Santo - Hechos 2, 1-18.

El cristiano templo del Espíritu Santo 1 Cor. 3, 16.

El Espíritu Santo acción, vida, Ex. 37, 1-14.

Frutos del Espíritu Santo - Gálatas 5, 16-25.

Espíritu Santo alma de la Iglesia y vínculo de Unidad 1 Cor. 12, 4-13.

Ven Espíritu Consolador. Jn. 6, 5-15.